



2 Irritado Atenágoras de Bizancio con los sofistas áticos que injuriaban a un país hermano situado en el extremo occidental del mundo conocido, decide cerciorarse personalmente de los hechos para refutar las falacias y embustes de los falsos filósofos que se atreven a negar la existencia de la libertad en tal extremo país. El día de la Pilarica se pone Atenágoras en marcha, cruza dos años después los Pirineos alzándose túnica y calzón, que rápidamente hace descender hasta cubrir de nuevo sus desnudas canillas neoplatónicas, y llega por fin, en pleno verano, a las citadas tierras occidentales.



4 Lo primero que ve al llegar es la imagen de un noble anciano que caldea su meollo bajo un sol sin piedad y una boina sin rabito. Se dirige a él y le interroga sobre la sustancia, praxis y dones de la libertad. Al oír sus preguntas el caballero aprieta las quijadas y se salta el único diente vivo que tenía. Luego vuelve de nuevo a su mutismo. Sorprendido Atenágoras, acerca su oreja al temporal del estático, y como sólo oyese el rumor y el rumar de un locutor de los programas informativos, fue. «¡Oh! —declamaban en alta voz siguiendo su camino—, qué embusteros han sido los sofistas áticos al injuriar a estas gentes capaces de tal concentración mental para reflexionar sobre la libertad y sus virtudes». Al oír tales palabras los conejos del campo huían despavoridos.



7 «¡Qué prudente medida! ¡Qué obra de sabios es proteger a profesores y alumnos de las Academias para impedir que las muchedumbres invadan sus jardines y perturben la serenidad de sus meditaciones!», dijo Atenágoras admirado de ver cómo la intimidad de la docencia estaba garantizada por una barrera de fornidos y prudentes guerreros. Entrado en el recinto, informó a los doctores Atenágoras sobre el fin de sus viajes e inquirió a los mismos sobre el tema que le preocupaba. «Cosa es ésta más bien de la hermenéutica que de la vida —le contestaron elevando a los aires ora el dedo índice, ora el del centro, conocido también por corazón—. Aún no hemos definido bien el concepto, y además, ¿cómo se debe escribir "libertad"? ¿Con "be" o con "uve"? ¿Acabada en "de" o acababa en "zeta"?».



10 Salió admirado de los jardines académicos Atenágoras. «¡Asombrosa cosa es —se decía— comprobar que los bizantinos somos columnas dóricas comparados con estos sabios en esto del bizantinismo!». «Iré, pues —continuó diciéndose— a esos intelectuales de la vida, descendientes del gran Jenofonte, para que me informen sobre sus puntos de vista». Llegó a sus recintos y violos enfascados en desentrañar el meollo de un artículo dos hermético y enigmático como las respuestas de la esfinge tébana. Los periodistas, al oír sus razones, dijéronle valientemente: «Esas cosas es mejor que las conozca a través de Le Monde. Ahora pasa todos los días». Volviéronse luego a sus adivinanzas y jeroglíficos.



12 Asombróse Atenágoras al ver con cuánto celo y angustia vivía el pueblo preocupado por las circunstancias irlandesas. «Eso debe significar —se dijo— que aquí no hay problemas». «Sí que los hay —dijole una voz profunda y al mismo tiempo cantarina—, sobre todo ahora, que hemos abierto la mano». «¿La tenían, pues, cerrada?». «Sí, pero solamente sobre el cuello de algunos. Y ahora, vea usted: nada más abrirla, se nos han escapado los precios». Levantó Atenágoras la vista y quedóse sorprendido de ver los precios a alturas inconcebibles y más altos todavía, asentados en un Olimpo inaccesible, los objetos poseedores de tales precios viviendo la aislada y serena vida de los dioses.



14 Quedóse perplejo Atenágoras dudando de si dar o no dar la razón a los sofistas áticos. «¿Qué les diré cuando vuelva a Bizancio? —se preguntaba angustiado—. ¿Ha sido mi observación superficial? ¿Tendrán razón los hermenéuticos al dudar del concepto? ¿Se puede ser lo que no se sabe qué cosa es?». Reflexionaba sobre estas cosas Atenágoras cuando se le apareció un mozalbeta que le dijo: «Haz lo que hacemos nosotros para conocer nuestro destino. Adivínalo arrojando una moneda al aire. Si sale cara, es cara; si sale cruz, es cruz, y si se queda de canto, repite». Quedóse asombrado Atenágoras de las frases del joven y fue a replicar, cuando...

